

A ratos los premios suelen convertir a un autor en “culto” del que mucho se habla pero poco se lee: trampas de la fama. Hay autores de quien basta leer una entrevista para saber lo que opinan del mundo, y ya está. De Castañón, en cambio, no podemos aventurarnos a desentrañar su pensamiento de una sola mirada, tanto más cuando se esparce como el valle de Anáhuac en multitud de pequeños ensayos que sólo leídos uno por uno nos permiten contemplar una grandeza que precisamente consiste en la minucia, en la brevedad. Castañón mismo ha querido ordenar sus ensayos como “paseos” y no rutas prefijadas, como si supiera que cualquier pensamiento se entrecruza y se bifurca y se contradice a cada rato. Tenemos sobre el escritorio, en desorden, *Arbitrario de literatura mexicana* (Paseos I, 1993), *La gruta tiene dos entradas* (Paseos II, 1994), *Los mitos del editor* (Paseos III, 1994), *Lugares que pasan* (Paseos IV, 1998), *América sintaxis* (Paseos V, 2000), *De Babel a papel* (Paseos VI, 2006), *Lluvia de letras* (Paseos VII, 2007), *Alfonso Reyes, el caballero de la voz errante* (Paseos VIII, 2007), y aun la condensación de belleza y verdad de sus aforismos, *La belleza es lo esencial* (2006) y de sus poemas, *La campana y el tiempo* (1973–2003). Así intentemos leerlos por orden, al resumirlos o comentarlos se entrelazarán uno a otro en nuestra mirada. Como en la matemática, tampoco en Castañón el orden de sus ensayos altera su producto,

esto es, una de las críticas más sólidas de la cultura contemporánea.

UNA CRÍTICA DESDE LA FILOLOGÍA Y LA EDICIÓN

El día en que su padre se encontró con Alfonso Reyes en los pabellones de alguna feria del libro de 1958, Adolfo Castañón, que tenía seis años, habría de constatar mucho después que esa vez vio juntos a los dos hombres que más influencias han ejercido tanto en su obra como en su vida. La filiación entre su padre y Reyes llegó a más allá de un encuentro casual. Del 7 de enero al 11 de febrero de 1941, Castañón-padre asistió a los cursos de invierno que en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México dictó el helenista mexicano sobre *La crítica en la edad ateniense*. Reyes, allí, comenzó por decirnos que lo más expresivo sobre la figura de la mente humana y griega es el observar “cómo la palabra se enfrenta con la palabra y le pide cuentas y la juzga”, cómo, en suma, la crítica se convierte en una herejía que no se resigna a tragar por entero y nunca pone “en duda el alcance de los instrumentos humanos para todo aquello que nació con el hombre” (1997, 39), esto es, los países, los gobiernos, las constituciones, los libros y la cultura. Si no hay crítica, decía, corremos el riesgo de que esas instituciones se enquisten como tumores, constriñan nuestro dinamismo y amenacen dejar tullida a una sociedad.

ADOLFO CASTAÑÓN: una crítica de la cultura desde Hispanoamérica

SEBASTIÁN PINEDA BUITRACO

Adolfo Castañón (México, 1952) ha sido recientemente merecedor del máximo galardón de las letras mexicanas, el Premio Xavier Villaurrutia (2008), lo que sin duda nos invita adentrarnos en sus páginas, averiguar qué piensa, sugiere, plantea; por qué sobresale; qué rasgos esenciales arroja a la cultura latinoamericana, ávida de nuevos ensayistas como Rodó, Reyes, Paz, María Zambrano.



Los problemas de los países latinoamericanos, fundados en constituciones, deberían ser entendidos como crisis jurídicas y en un sentido más amplio, según Castañón, como crisis del lenguaje, crisis filológicas. “¿No es el español una lengua *atrasada* (...) de un ex imperio y de una serie de pueblos cuya única coartada parece ser la extravagancia —la lengua de una subespecie cultural que muy probablemente esté en extinción?” (“De la muerte considerada como una de las bellas artes”, en *Los mitos del editor*, 2005: 167). Más adelante, sin embargo, Castañón serena tal interrogación. “La buena noticia de la cantidad de hispanohablantes en el mundo debe templarse con el diagnóstico crítico de la enseñanza de las humanidades hispánicas y aun portuguesas en los países hispanoamericanos”. (“El lugar de la lengua...”, en *Los mitos...:180*). Claro: si nuestra imagen del

mundo está determinada por la lengua materna, el papel de Hispanoamérica y España en el ámbito de la ciencia y de la cultura sólo será fuerte en la medida en que se nutra de sus propios pensadores-prosistas¹. Poco efecto tienen los estudios latinoamericanos, tan famosos en universidades de Estados Unidos y de Europa, si abandonan la filología en donde se apoya toda reflexión. Si antes el crítico no robustece su idioma con técnicas, con palabras y términos brotados de su propio caletre, si antes no conoce su propia tradición filológica, poco avanzará. Enfrentar

¹ No puedo dejar de recordar aquí lo dicho por José Gaos: “los mejores prosistas son también, y por paradójico que parezca, los mejores pensadores de la lengua”. *Antología del pensamiento en lengua española en la edad contemporánea*. México, Editorial Séneca: 1945, pág. 7. Por cierto, desde entonces no se ha vuelto a hacer una antología de tales proporciones.

la palabra con otra palabra más precisa, entender la crítica como formación espiritual y “la filología como empresa creadora”, he ahí la exactitud, la riqueza de los ensayos de Adolfo Castañón.

Uno de sus primeros libros de ensayos es una lanza en ristre contra la excesiva institucionalidad de la cultura: *Cheque y Carnaval. Glosas sobre el cultivo, el trabajo y la cultura en México* (1978, compilado en *Los mitos del editor*). A ratos, observó, “la cultura la deciden quienes no saben hacerla” (2005: 137). No es que las instituciones culturales sean malas en sí mismas; los malos son los dirigentes o funcionarios que se entregan demasiado al mundillo social (léase cocteles, lanzamientos, lobbies, cabildeos o intrigas) olvidando cultivarse a sí mismos. Lo supo bien pronto Castañón cuando entró a trabajar al Fondo de Cultura Económica en 1974². De hecho, uno de los secretos de su éxito ha consistido en colaborar en ese ámbito institucional (un deber de ciudadano heredado de su padre y de Reyes, y “creencia nada anacrónica que hoy coincide con los planteamientos de Jürgen Habermas”), pero sin descuidar nunca el cultivo de su jardín interior: sus investigaciones personales y su preocupación por el lenguaje y por adquirir un estilo, esto es, *criterio*.

De ahí las brevedades y sonoridades de su prosa preocupada en deleitar más que en persuadir o convencer. Su *Arbitrario de literatura mexicana* (1993) lo que menos tiene es de arbitrario. Son siluetas de autores y de obras que bien podemos comparar con los retratos de Ramón Gómez de la Serna: “prosas libres, sueltas y sencillas con tonos de conversación en el café, de confidencia menor y campechana dicha sin bombo ni sorna (...) es como una suelta mano que va poniendo las cartas sobre la mesa..., y gana de capicúa (...) Gran fiesta de la tolerancia y de la observación”. (*La gruta...*, 2002: 236). Practica lo que Walter Benjamín recomendó para una historia de la literatura: no presentar las obras literarias en conexión con su época, sino de presentar la época que las reconoce, o sea, la nuestra, en la época en que se produjeron.

Sus largos años en el Fondo de Cultura Económica alimentaron sus criterios en *Los mitos del editor*,

² Por treinta y un años trabajó en el Fondo de Cultura Económica, la editorial más grande de la lengua que brotó a finales de los años treinta como fruto del encuentro entre los exiliados españoles y el movimiento universitario desatado por el Ateneo de la Juventud. Véase de Víctor Díaz Arciniega, *Historia de La Casa: Fondo De Cultura Económica, 1934-1994*.

conjunto de ensayos cuyo efecto me atrevo a comparar con el polvorín que levantó *Don Quijote* (y que todavía no se ha asentado) entre los editores y escritores vanidosos. Castañón ha puesto al descubierto que toda esa solemnidad del mundillo editorial y cultural es puro fingimiento y nada de verdad. ¿No parece gozar el editor del privilegio que en el antiguo Egipto tenía el “embalsamador”: garantizar el paso al otro mundo de simples mortales? Hasta cita del mismo Cervantes el episodio en que el Quijote vio su libro en Barcelona y conversó con cierto editor, quien le respondió tajante: “Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama”. Y a continuación se pregunta Castañón: “¿No parece sugerir Cervantes que los editores, no contentos con la comedia de vender inmortalidad, que juegan en sus horas hábiles, son dados a buscar esparcimiento en simulacros y falsas profecías...? (...) los editores solían ser hombres poco ilustrados, por más que quisiesen hacerse caballeros de la cultura y montarse sobre los libros publicados” (2005: 33)³.

Escritores-Editores o Cultura-Poder nunca ha sido un matrimonio feliz, puesto que el público al que ambos pretenden dirigirse a menudo es indiferente a sus intrigas y rencillas. Desde del Imperio Romano a la gente le bastan Pan y Circo, y ahora ya tiene bastante con impuestos, vacaciones, televisión, revistas de farándula y cantidad de cosas innecesarias⁴. Dijimos que la libertad en sociedad se pierde o se gana en el lenguaje. Ahora bien, ¿no depende la libertad de

³ Tales contradicciones entre editores y creadores alimentan varias novelas de nuestro tiempo. Castañón cita *El péndulo de Foucault* de Eco, *Si una noche de invierno un viajero* de Calvino, *La petite marchande de prose* de Daniel Pennac, *A far cry from Kensington* de Muriel Spark, y *Nord* de Céline. Con todo, deja en claro cuál debería ser el editor integral, aquel que “comprende al impresor que se limita a una operación técnica, al librero que explota la frase comercial y al lector que sabe hacer de la publicación de las obras de otros una tarea puramente literaria, como puede ser el caso de Voltaire editor de Corneille, o de Beaumarchais y Palissot, editores de Voltaire, o, para tocar la lengua española, Amado Nervo editado por Alfonso Reyes, Góngora por Dámaso Alonso y por Reyes y la *Poesía gauchesca* por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares”. (“Siegfried Unseld: un partero de los Nuevos Testamentos”, 2005: 99).

⁴ En el ensayo “Ivan Illich o el nacimiento del hombre alfabético”, Castañón cita de este autor el tratado *Toward a history of needs* (1977), a partir del cual medita cómo nuestra civilización se mueve por restos fósiles, prehistóricos, primitivos. “¿Y si los dinosaurios y los desechos orgánicos estuviesen gozando una especie de resurrección consciente a través de nuestro derroche energético? ¿A qué fuerza estamos llamando?, ¿o será que son ellas las que nos han llamado?” (2005: 104). Jurassic Park está en nuestras ciudades.

HABLAR MUCHAS LENGUAS Y MANEJAR MUCHOS RECURSOS LÉXICOS Y SINTÁCTICOS, NO SÓLO ES UNA MANERA DE LA LIBERTAD... SINO EL RASCO CARACTERÍSTICO DE LOS BUENOS AMANTES DESDE DON JUAN HASTA CASANOVA.

expresión de la edición de buenos libros, de periódicos con criterio, de dinámicas páginas web? Si la edición se corrompe, pensémoslo, se degrada la libertad de expresión. No lo ignora Castañón. Sin embargo, él mismo nos propone primero apaciguar tanto trascendentalismo y preocupación. ¿No es también un mito el término *publicar*? ¿Acaso todo lo que se *publica* va realmente a ese *público* invocado?

HACIA UNA CRÍTICA DE LA CRÍTICA DESDE LA TRADUCCIÓN

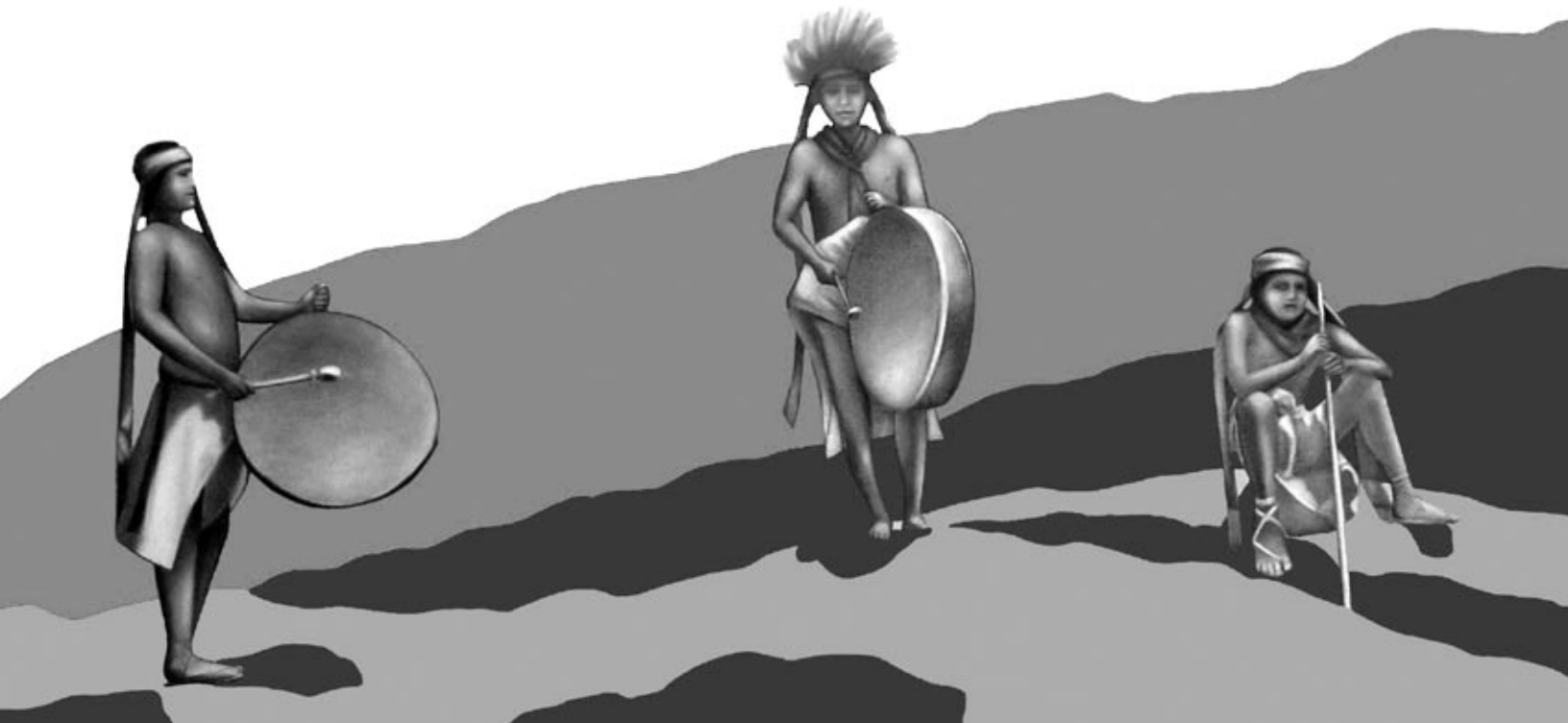
Castañón desconfía de los universalismos vagos, esto es, del mito platónico de pensar que los intelectuales o filósofos deben manejar la República. Prefiere lo particular, lo concreto, lo aristotélico. Por eso reprocha cuando ciertos intelectuales o académicos (sobre todo los franceses, “narcisistas hasta las uñas”) invocan al gran público para enarbolar ideas abstractas sobre la sociedad y la cultura con su lenguaje pseudo-filosófico.

El formalismo, el fetichismo del texto, la nostálgica omnipresencia de tópicos (el sexo, el deseo, lo sagrado, el poder) que sólo se reiteran para conjurar el vacío del discurso, la devoción de la estadística como un sustituto del acontecimiento, la supersticiosa creencia en la lingüística y la fonética como modelos universales de explicación en las ciencias humanas, la evacuación del empirismo, la negación hipócrita de la historia pública o privada, la necesidad de sustituir la mirada por la teoría y la experiencia por los modelos, la falta definitiva de humor, el amor por los simulacros son algunos de los rasgos funcionales de esta nueva barbarie frígida que es la de *Los Modernos* y que, de Bataille a Lacan, de Lévi-Strauss a Robbe-Grillet, domina el discurso intelectual francés del último cuarto de siglo (“Jean-Paul Aron: el sentimiento irónico de la teoría”, *La gruta tiene dos entradas*, Paseos II, 2002: 209).

José María Valverde (también traductor como Castañón) llamó la atención de cómo el pensamiento abstracto ha querido atacar la condición parlante del ser humano, el lenguaje coloquial, yendo en busca de un modelo de lenguaje “mejor”, apelando a las computadoras que trabajan con un supralenguaje de formalizaciones y símbolos, cuando el hombre sigue siendo humano por su condición parlante, por el fenómeno narrativo que es un ir ajustado el marasmo verbal a las imprecisiones de la vida que desbordan por todos los lados la intelectualidad. Mejor dicho, todo lo que ataque el lenguaje sencillo es un enemigo del humanismo⁵. Ahora bien, como la cultura hispánica no ha sido protagonista principal de la técnica y la filosofía, el peligro del pensamiento abstracto y el supralenguaje se elevan a la segunda potencia por cuanto deben ser traducidos a nuestra lengua, perdiéndose a menudo el sentido intrínseco o, en el peor de los casos, ganando cosas que no son. Pensemos cuántos muertos no ha dejado la sobreinterpretación del marxismo alemán. ¿No tendrán ciertos traductores algo de culpa al no esforzarse por humanizar al español ese lenguaje militante? Castañón se apoya en su experiencia como traductor de George Steiner, teórico a la vez de la traducción auténtica.

Traducir una obra entraña una metamorfosis en nuestro lenguaje o en nuestra vida, ya que quizá el rasgo que

⁵ Castañón también parece alejarse de los intelectualismos marxistas de izquierda. Valverde fue claro al respecto: “Hay un equívoco en la historia de las ideas a partir del materialismo dialéctico, al pensar que sólo el racionalismo es progresista e izquierdista y que cuanto no sea racionalista será irracionalismo y derechismo”. No, insiste Valverde: “estar del lado de los pobres, de lo pobre de lo concreto y lo de todos”, es estar contra el despotismo de “arriba”, contra las utopías y evasiones del intelectual-político, del académico. Véase J. M. Valverde (1990). *Vida y muerte de la ideas*. Barcelona: Editorial Ariel.



mejor define el ser humano es el de ser poroso, abierto a la acción ambiental, construido por dentro a imagen y semejanza de su entorno. Y entraña también un entusiasmo que exige aquellos que es lo que nos hace —porque siempre lo somos— humanos en definitiva: atención, cuidado, respeto, si no es que temor (...) Antes de traducir *Después de Babel*, de George Steiner, yo tenía la impresión de que sabía escribir y hasta firmaba de cuando en cuando algunas reseñas críticas. Al escribir hacía que una frase saliera a duras penas de la otra como una oruga de su capullo, o simplemente me limitaba a hacer proliferar frases a base de citas. Pero siempre tenía la sensación de escribir con una inmensa falta de soltura; afanosamente le arrancaba a mi estupor algunos hilos verbales y luego los publicaba. Al traducir a Steiner me sucedió algo curioso: durante toda la primera versión sentí que traducía palabra por palabra sin dar jamás con el sentido general de las frases. Quería ser fiel y sólo era horriblemente torpe (...) me vi obligado a emprender un trabajo no exento de paciencia: busqué las etimologías de todas las palabras claves o dudosas y luego con un diccionario de ideas afines llegué a las palabras españolas de la misma raíz o de la misma familia semántica (...) Esa lucha reveló ser, entre otras cosas, una lucha contra los neologismos y en pro de una conciencia más amplia de la propia lengua. Sólo una gran abundancia de sinónimos

puede salvarnos del hombre unidimensional (*Los mitos del editor*, 2005: 55-57).

El bilingüismo bien llevado hasta implica una manera de la seducción. Así lo vio Steiner en “The tongues of Eros” (el primero de sus ensayos de *My Unwritten Books*, 2008), donde indica que hablar muchas lenguas y manejar muchos recursos léxicos y sintácticos, no sólo es una manera de la libertad como lo dijo en *Después de Babel*, sino el rasgo característico de los buenos amantes desde Don Juan hasta Casanova. Así como de nuestro clóset o armario cuelgan varias camisas, corbatas, pantalones y hasta coloridas prendas interiores, al salir a la calle un ropaje verbal debería acompañarnos para insinuar mejor los atributos de nuestro espíritu. Que, puestos a enunciar un concepto, poseamos nueve palabras para decirlo en formas distintas, a cambio de limitarnos a la vaguedad y a los equívocos que depara el uso de una sola fórmula. La primera regla es la claridad, sin la cual no se establece el contacto.

EN BUSCA DEL ENSAYO GENUINO

“El verdadero patrón de lo que se ha llamado ensayo en Hispanoamérica parece ser Montesquieu y no Montaigne” (“Michel de Montaigne: la inminencia

del reino” en *La gruta tiene dos entradas*, Paseos II, 2002: 23). En efecto, Montesquieu evoca más esa noción platónica del intelectual comprometido al establecimiento y pretencioso constructor de sociedad, situado más alto que los mortales, mientras Montaigne habla mejor del intelectual comprometido consigo mismo (“Ainsi, lecteur, je suis moi-même la matière de mon livre”) y constructor de su propia personalidad. Al primer grupo se afilian los actuantes y activistas de los que “la literatura mexicana y la hispanoamericana está llena y empedrada” (2002: 135), y que en nuestro tiempo halla su máximo exponente en Carlos Fuentes. Al segundo grupo pertenece Rodó, Reyes, Ortega o María Zambrano, pues Castañón nos hace caer en cuenta de un rasgo esencial en ellos: si escriben ensayos aparentemente políticos o históricos (*Ariel*, 1900, de Rodó; *Visión de Anáhuac*, 1917, de Reyes; *España invertebrada*, 1921, de Ortega; *La agonía de Europa*, 1945, de María Zambrano) son en el fondo tesis sobre el espíritu, excusas para encontrarse a sí mismos. Quieren ser intemporales y dirigirse a todos los hombres en calidad de tales.

En cambio, los que aspiran a lo meramente pedagógico y militante a menudo comprometen su propia independencia intelectual. Quieren ser más cronistas que ensayistas, con lo cual a ratos no hacen sino heredar la rancia tradición de los llamados *cronistas de Indias*. Germán Arciniegas, por cierto, dedujo que el género del ensayo no nació propiamente con Montaigne sino con el *Diario de Colón* y las crónicas de los conquistadores, cosas que Montaigne leería más tarde y perfeccionaría a una noción más espiritual⁶.

Hablando de Carlos Fuentes, novelista sin tema pero inflado por el *establishment*, Castañón se atreve a compararlo con los cronistas de Indias. Una perversa tradición hispánica, nos dice, “deduce que las obras de creación son trabajos encaminados a granjear el ocio, inversiones para defender el derecho a la encomienda: es el guerrero Bernal Díaz que se pone a batallar con la prosa para alegar la justicia de sus pretensiones o para dejar constancia de la injusticia que en su contra comete la máquina administrativa” (*Arbitrario de literatura mexicana*, 2002: 150). De ahí que la figura de Fuentes sea “cercana al poder pero enemiga de la institución” (“Hacia las cifras de Carlos Fuentes”, en revista *Crítica*, 131, 2009). No. El ensayista nunca debe descuidar su experiencia. El ensayo genuino es un “intransferible proceso espiritual, lejos de cátedras

y púlpitos, de anatemas y academias” (“Michel de Montaigne: la inminencia del reino”, 2002: 25). Aun más: el novelista o ensayista auténtico ha de ser en el fondo un filólogo de su propio idioma. No escribir como Fuentes “una lengua española pre-traducida y tironeada por el francés y el inglés” (*Arbitrario...*, 2002: 149). Sin descuidar el contacto con otras lenguas, claro está, Castañón propone, basado en María Zambrano, un “pensamiento que no pasa por alto los hábitos que ha asumido al escribirse”, que no caiga “en la trampa de soslayar las trampas que el lenguaje le puede tender...” (*De Babel a Papel*, 2006: 248).

Hay, por lo demás, varias formas o máscaras para sortear las trampas del lenguaje. María Zambrano temple su sintaxis con verbos en presente indicativo al comienzo de cada frase, dada su filosofía vitalista. Ortega, su maestro, imprime efectismo a su prosa pero la vuelve demasiado rotunda; se trata de ese mismo jactancioso énfasis que vemos en Octavio Paz: una prosa muy artística, sí, pero que corre el riesgo de ocultar cierta superficialidad por falta de desarrollo. Reyes combina larguras y brevedades, dominado por un tiempo interior, depositando cada frase-idea con un timbre nuevo tocado allá de erudición libresca y acá de experiencia personal. Adolfo Castañón, por su parte, mantiene ciertos verbos en presente para vitalizar sus ideas, adelgaza sus frases de adjetivos y huye de lo jactancioso o intempestivo, sin que su prosa pierda soltura, agilidad o se abandone de cadencias, esto es, de referencias que continúan labrando en el lector después de leído el libro. Sabe, como George Steiner, que tanto escribir como leer bien implica la unión de muchos sentidos, incluso el carnal: “los textos actúan sobre los nervios y sobre el cuerpo como hace la música” (*De Babel a papel*: 45). Parece escribir entre “la protección de los paréntesis”, no porque sus ensayos estén llenos de guiones y paréntesis, sino porque quiere pactar con su lector una simpatía, una naturalidad que no sea el del discurso demasiado directo. Nada de afectaciones. Todo en él es cordialidad ☁

⁶ El ensayo de Arciniegas al que me refiero se titula “Nuestra América es un ensayo” (en *Cuadernos*, París, 1963). Quiso decir el colombiano, según Lilita Weinberg, un tercer concepto de “ensayo” que no corresponde a los tradicionales: América es problema, desafío, provocación, novedad, que rompe sobre las ideas tradicionales sobre el continente y obliga al ejercicio del ensayo”. Weinberg (2001). *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: FCE. Pág. 89.